

LAS INSCRIPCIONES SUDLUSITANO-TARTESIAS

SU FUNCIÓN, LENGUA Y CONTEXTO SOCIO-ECONÓMICO

Jesús Rodríguez Ramos*

RESUMEN. - Se analiza la información que puede obtenerse a partir de las inscripciones sudlusitanas. Tras revisar el problema de sus contextos, se propone una datación probable de ss. VI-V a.C. Se defiende su interpretación funeraria a partir de la estructura de los textos. Se demuestra que la lengua empleada no es ni celta ni anatolia y que probablemente no es indoeuropea. El análisis espacial permite concluir que en el sur de Portugal las estelas se alinean siguiendo una ruta comercial hacia las minas de Aljustrel y la cuenca del Sado, pero que esta ruta no controla recursos mineros. Esta ruta lo llevaría hacia las pocas concentraciones locales de estelas del Algarve y la colonia fenicia de Rocha Branca.

ABSTRACT. - **Sudlusitanian-tartessian inscriptions: Function, language and socio-economic context.** The data available from the Sudlusitanian inscriptions is evaluated. After checking their problematic archaeological contexts it's suggested a likely datation in the VI-V centuries B.C. Through the analysis of the texts' structure it's supported the funerary interpretation of the steles. Their language is definitely neither Celtic nor Anatolian, and probably also not Indo-European. The spatial analysis allows to conclude that in South Portugal the steles are aligned according to a trading route that goes to the Aljustrel mining zone and to the Sado basin, but not controlling the mining resources. This trading route carried the goods to the few local stele concentrations of the Algarve and to the phoenician colony of Rocha Branca.

PALABRAS CLAVE: Epigrafía tartesia, Sudlusitana, Paleohispánica.

KEY WORDS: Sudlusitanian, Tartessian, Paleohispanic Epigraphy.

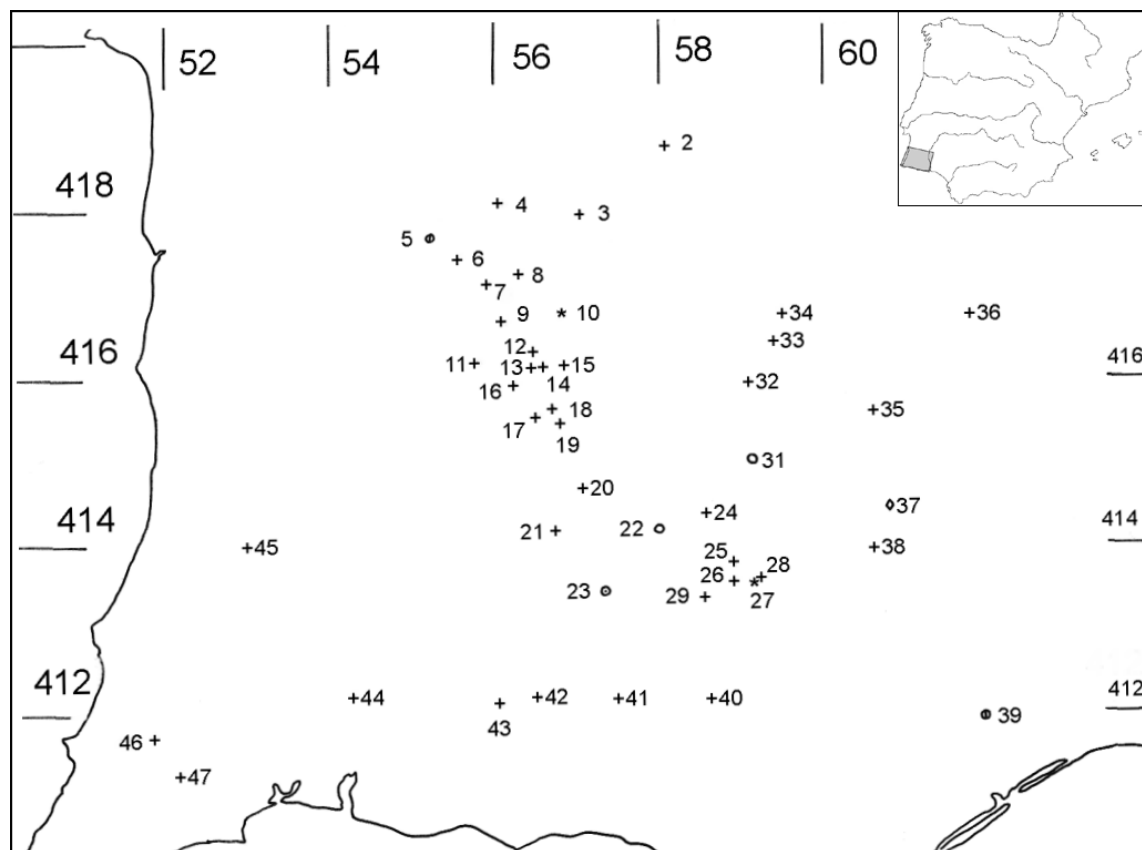
1. INTRODUCCIÓN

Tal y como suele hacerse con las inscripciones catalogadas como no descifradas, las estelas con inscripción sudlusitano-tartesia han venido siendo consideradas como inútiles en su aportación a la interpretación arqueológica; poco más que un 'ítem' llamativo o índice de progreso cultural. Sin embargo, no es poco lo que puede extraerse de su estudio mediante una metodología epigráfica multidisciplinar: combinando la información arqueológica con la lingüística (que no filología) pura. Este artículo presenta una primera introducción a esta problemática global, revisando sus diversos aspectos y demostrando cómo un análisis estricto de los datos permite obtener conclusiones,

por más que algunas sean negativas.

Buena parte de este trabajo deriva de mi tesis de licenciatura inédita (Rodríguez Ramos 1992), aunque profundamente revisada. Sí que depende de ésta en lo relativo al análisis espacial, puesto que sólo he hecho una reactualización provisional de sus conclusiones (por lo demás es poco probable que cambien en lo fundamental). El mapa que presento es más completo y preciso que el de mi tesina, pero la necesaria justificación de la determinación de las localizaciones, así como un análisis espacial razonado y completamente revisado, exceden en tamaño el objetivo de este artículo y están en fase de elaboración. En todo caso, confío en que el mapa provisional permita la correcta intelección de las conclusiones genéricas que propongo (Mapa 1).

* jrr_ib@hotmail.com



Mapa 1.- Distribución de procedencias de estelas al sur de Portugal. Mapa siguiendo la proyección U.T.M.

+ Localizaciones precisas. * Indica que sólo se sabe que apareció cerca de dicho pueblo. ⊙ y ⊗: localizaciones imprecisas o problemáticas.

1. Folha do Ranjão (no representado). 2. Gavião. 3. Monte Novo do Visconde. 4. Cerro dos Enforcados. 5. Bastos. 6. Arzil. 7. Nobres. 8. Fonte Santa. 10. Ourique (zona de). 11. Amoreiras / Pardieiro. 12. Carapetal. 13. Biscoitinhos. 14. Mealha Nova. 15. Favela Nova. 16. Mte. Azinhal. 17. Monte Novo do Castelhinho. 18. Abóbada. 19. Pego. 20. Corte Azinheira. 21. Corte do Freixo. 22. Cerca do Curralão. 23. Canafexal (impreciso). 24. Vale de Ourique. 25. Tavilhão. 26. Azinhal dos Mouros. 27. Ameixial (zona de). 28. Ameixial. 29. Vale dos Vermelhos. 30. Várzea do Mendes. 31. Guedelhas. [32]. Neves. [33]. Espanca. 34. Touril. (35). Goias. 36. Mértola. 37. Alcoutim (cerca de). (38). Mestras. 39. Cerro do Castelo da Fuzeta (incierto). 40. Alagôas (¿= Viameiro?). (41). Barradas. 42. Comoros da Portela. 43. Benaciate. 44. Dobra. 45. Alcanforado. 46. Corte de Pére Jacques. 47. Fonte Velha.

(nº) aparentemente sin fórmula funeraria; [nº] inscripción no funeraria.

2. LO QUE (NO) SE SABE POR EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

Un primer problema lo constituye la determinación de sus contextos arqueológicos. En este punto hay que hacer dos distinciones dentro de las estelas: las que presentan (o tienen indicios de presentar) una misma fórmula “sepulcral” y las que claramente contienen otro tipo de texto. Las primeras son la amplia mayoría, si bien las segundas constituyen una minoría selecta con casos como el alfabeto de Espanca (J.25.1) o la estela de Neves (J.24.1).

El problema lo presentan las estelas “funerarias”. Éstas pocas veces disponen de contexto arqueológico conocido, pero cuando lo tienen es claramente de necrópolis tumulares de incineración o de inhumación. Surgen, sin embargo, problemas a la hora de definir si están en su ubicación primaria o corresponden a una reutilización. Aparte de que en alguna ocasión sí se trata de fragmentos empleados en la construcción del

túmulo o incluso en una necrópolis romana, hay casos extraños como la estela de Abóbada J.12.1 que se encontró tumbada tapando una urna funeraria (Dias y Coelho 1971). Lo peculiar es que no se ha documentado que hubiese nada entre la estela y la urna, por lo que parece una tapa, pero que tenía la inscripción (y el dibujo) boca abajo, así como el espacio vacío debajo de la inscripción sugiere que fue escrita pensando en hincarla verticalmente. Esto nos plantea un problema (menor) respecto a su uso, pero crea además incertidumbres cronológicas, al permitir plantear que se trate de reutilizaciones tardías de las estelas y que fuesen muy anteriores a los ajuares presentes. Con todo, debo advertir de que, en mi opinión, esta cuestión real ha sido magnificada por el deseo de algunos arqueólogos de dar la mayor antigüedad posible a la escritura sudlusi-tana¹.

En principio, yo sí opino que estas estelas eran realmente funerarias, por lo que pasaremos directamente a evaluar los magros contextos datables.

La estela no funeraria de Neves II (Maia y Correa 1985) procede del estrato 3, pero su U.E. estaba vacía. Maia indica que del estrato inferior del yacimiento, el 4, proceden unas ánforas púnicas, pero la tipología que da es imprecisa, su aparato gráfico escaso y acaba guiándose por los paralelos de Cerro Macareno para datarlas en 550-400 (de hecho llegan hasta el nivel 14 de la fase V). Mientras indica que es probable que el estrato 3 sea coetáneo con el del edificio 6, donde se encontró una kýlix Cástulo que data en 425-400. Este tipo de kýlix se encuentra también en el yacimiento vecino de Corvo que es el que se considera sustituye a Neves: de ahí que la datación de la estela a finales del s. V tenga cierto sentido. Sin embargo con esos datos podría defenderse también una datación dentro del s. IV, tanto a partir de las ánforas del estrato 4, como si consideramos las frecuentes perduraciones del material ático.

Pasando a las necrópolis, los elementos típicos estudiados suelen ser los ‘obeloi’ y las cuentas de collar oculadas. En Favela Nova, Dias y Coelho (1983) las atribuyen a 550-450. Beirão y Gomes (1983) distinguen las cuentas según el brillo y el tono de azul, siendo las brillantes y de azul entre ultramar y turquesa verdoso (frente a las poco brillantes de azul ceniza claro y oculado sobrepintado), las más antiguas y propias de estas necrópolis; datándolas en ss. VII-VI. Sin embargo Haevernich (Dias *et alii* 1970: 217) data las cuentas en los ss. VI-V. Por otra parte, el escarabeo de Mealha-Nova tiene un *post quem* de 520. También podemos recurrir a la datación radiocarbónica de los túmulos de Medellín (550-450) que, según Almagro, son muy similares a los de Mealha-Nova y Herdade do Pego.

No explicada está la aseveración de Correia (1996: 55) de que a una inscripción de Pego se le puede “apontar una datação da segunda metade do séc. VI” como *ante quem* y otra con “data provável anterior ao fim do séc. VII”, especialmente si tenemos en cuenta que su propia clasificación de túmulos funerarios (p. 15) sólo delimita su fase III entre 650-500.

Otras dataciones son aun peores. Así, de la estela de Villamanrique de la Condesa se comentó que se localizó en las cercanías de un poblado de ca. 600, lo que a base de repetirse acabó por suponer que se presentase esta estela como “certificación” de uso de la no redundancia vocálica en ca. 600 (y a la estela de Espanca le está pasando algo similar). Más idiosincrásico es el que al publicarse la estela de Cañamero (Extremadura) se le propusiera una datación del s. III-II aC con tan firme criterio como que su contenido **tarira** se comparase con segmentos **tafi** de inscripciones ibéricas levantineas.

En conjunto es muy poca cosa. Es interesante el hecho de que en ninguna de estas necrópolis se haya encontrado cerámica ática, que inunda el mercado hispánico a fines del s. V, para sugerir que esta etapa cul-

tural es anterior al 425-400. También sabemos que esta escritura se formó hacia el 800 a.C.², pero no sabemos cuándo se adoptó para el uso en las estelas. Parece mantenible mi conclusión en mi tesina cuando proponía una datación de ss. VI-V, sin excluir una posible pero improbable presencia en el s. VII. En todo caso no puedo en la actualidad compartir con convicción ni la datación de Correia (1996: 63) “entre os inícios do séc. VII (senão desde a segunda metade do séc. VIII) e os fins do séc. V (ou algo mais tarde)” ni la de Ferreira da Silva y Coelho (1994: 163) de “séculos VIII a.C. a VI a.C.”. Naturalmente, puede remontarse la datación si consideramos que los contextos funerarios corresponden a reutilizaciones (las cuales tampoco tienen que ser muy posteriores), pero esta perspectiva choca con el que la estela de Neves, sin indicios de reutilización, tenga una datación de finales del s. V o incluso inicios del IV.

Dado que se va proponiendo que esta cultura era inicialmente inhumadora, frente a una cultura incineradora de influjo meseteño, pero que paulatinamente se iría adoptando el rito incinerador, de norte a sur, (Ferreira da Silva y Gomes 1994: 151) y que la siguiente ‘facies’ cultural incineradora de ambiente meseteño y con poblados fortificados tipo “castro” (en la que ya aparece cerámica ática), es plausible considerar que la civilización de las estelas es desalojada a fines del s. V por un pueblo probablemente indoeuropeo y que correspondería a los ‘celtici’ de las fuentes. Desde esta perspectiva, puede plantearse el que el pueblo de las estelas sea pre-céltico, incluso pre-indoeuropeo.

3. LA FUNCIÓN DE LAS ESTELAS SEGÚN SUS “ANTECEDENTES”

Es muy probable que la existencia de las estelas escritas sudlusitanas corresponda simplemente a la adaptación de la técnica de la escritura al uso previo de las estelas decoradas iconográficamente. Dudo que este proceso implique necesariamente un avance cultural importante, sino que una cultura que utilizaba el ‘ítem’ de las estelas para una función encontró interesante la escritura para este uso en cuanto tuvo conocimiento de ella. Seguramente habrá quien no acepte el que las estelas escritas cubran la misma funcionalidad cultural que las estelas extremeñas y alentejanas, pero parece muy probable. Incluso yo no estaría seguro de esa teoría que plantea una evolución lineal alentejana-extremeña-escrita. Se debieron desarrollar en ese orden, pero no me extrañaría nada que cuando unos grupos utilizaban estelas escritas, otros siguieran desarrollando estilos de estelas extremeñas o que incluso tal vez persistiesen tribus tradicionalistas que conservaran la estética de las alentejanas.

En todo caso, creo que los datos de la funcionalidad de una clase de estelas puede aportar información y verosimilitud sobre la funcionalidad de otras (aun cuando cabría que cada tipo tuviese más de un uso). Yo creo que puede seguir defendiéndose un tipo de hipótesis clásica y que las alternativas que vienen presentándose en las últimas décadas no la han podido refutar, sino que o añaden detalles complementarios, pero interesantes, o resultan menos probables.

Es defendible suponer el que las estelas alentejanas y buena parte de las extremeñas simplemente representen un ajuar mágico sustitutorio. Estas representaciones mágicas son muy habituales y p. ej. en las tumbas egipcias del Imperio Antiguo las representaciones pintadas son los objetos y servidores (o incluso ganado) reales que “efectivamente” se llevaba el difunto a ultratumba. Esto puede ponerse en relación, naturalmente, con la escasez del bronce en la época y los ladrones de tumbas, lo que les sugeriría la poca conveniencia de su inclusión en el ajuar. En este sentido, puede comprobarse cómo mientras en Huelva tenemos tumbas con carro “real”, en algunas extremeñas lo tenemos “figurado”.

Cuando tenemos una iconografía mayor en varias ocasiones es claro el contenido funerario de la misma: personajes aislados que no empuñan las armas ni sostienen los objetos ni el escudo que tienen alrededor y al lado de carros que no se representan en movimiento ni mucho menos tienen ocupante. La perspectiva apunta muchas veces a una visión cenital de un cuerpo tumbado, más que a ver el ajuar volando a su alrededor de uno erecto o de representarse a diversas distancias. En Torrejón del Rubio I tenemos muchos instrumentos y un carro, pero dispersos y sin ninguna persona. ¿Qué puede representar si no un ajuar? En Solana de Cabañas el personaje está claramente tumbado. También en Ategua y Ervidel II aparecen personajes secundarios tumbados, con el agravante de que nada indica el que el personaje mayor esté en posición victoriosa.

Últimamente se ha venido enfatizando el que las estelas servirían para marcar el territorio o para señalar rutas de transhumancia. Cuando se trata de indicar que las tumbas están situadas en relación con ello hay poco que objetar al intento, aunque quizá no convenga dudar de su función principal. Se sabe que las necrópolis ibéricas se relacionan con vías de paso, pero sería exagerado concluir que se ubican allí sólo por ello. Más claro es decir que las ciudades se sitúan junto a vías de paso, pero que nadie duda de que son para vivir y no para marcar las vías. En principio son los recursos y allí vive gente, luego las vías unen recursos y ellas mismas se convierten en recursos que la gente encuentra aprovechables para vivir. En el caso más extremo, la ruta que marcarían las estelas extremeñas por las estelas hacia el nordeste de la Península: ¿son para

señalar el territorio?, ¿o bien es que un pueblo que las usaba hacía la ruta transhumante regularmente y evidentemente no se alejaba para enterrar a sus muertos? ¿o incluso son el reflejo de una migración al estilo de cimbrios y teutones y que de vez en cuando tenía que enterrar a algún jefe? ¿Acaso cimbrios y teutones no avanzaban siguiendo caminos y hacían sus ritos a sus muertos?

Los análisis de distribución son necesarios y muy útiles, pero no tienen validez para refutar el uso funerario de las estelas que, de todos los propuestos, es el único que apoya la iconografía. Si fuesen marcas de rutas transhumantes podría esperarse que se mostrasen escenas en ruta y ganado. Si son marcas de propiedad de un territorio cabría esperar que se concentrasen en las fronteras y presentasen un “blasón” heráldico común. O si marcan la propiedad de la ruta, lo mismo, pero concentrado en ella. Por otra parte, dado que sabemos que el registro funerario de la zona en la Edad del Bronce es prácticamente invisible, no tiene nada de raro que sea difícil asociar las estelas a restos funerarios³. Belén *et alii* (1991) indican expresamente la invisibilidad de los enterramientos, pero al referirse a las estelas extremeñas concluyen que al no ser totalmente seguros los contextos funerarios que se han propuesto para ellas y al no conocerse el rito funerario, en conclusión las estelas no son funerarias. Argumento circular que en ningún momento toma en consideración la iconografía, lo que es ciertamente inconveniente al prescindir precisamente de lo único seguro que conocemos de las estelas.

Esta disgresión va en el sentido de que el paralelo entre las estelas iconográficas y las sudlusitanas y la más que plausible asunción de que ambas clases de estelas cumplían la misma funcionalidad en la cultura de la zona abogan por un sentido funerario de las estelas sudlusitanas. Sin embargo, independientemente del hecho, no comprendo la posición ultra-escéptica de Ruiz-Gálvez (1998: 266, 308). Ruiz-Gálvez, tras achacar el que se suela dar a las estelas un sentido funerario a un prejuicio psicológico del investigador que necesitaría rellenar el hueco en la documentación, indica que “toda especulación sobre el mensaje que contienen es gratuito”.

En primer lugar, es posible que cuando apareciesen las primeras pudiera atribuirse a la fuerza de la costumbre el que se las considerase funerarias, pero aun así se fundamentaban en datos objetivos arqueológicos y tipológicos. Cuando las estelas sudlusitanas con la “fórmula” se encuentran con contexto se encuentran en una necrópolis generalmente tumular. Si se quiere postular que todas son reutilizaciones habría cuanto menos que intentar explicar por qué no se reutilizó el material para la construcción de los castros o para otro tipo de yacimiento, o si es que ya entonces se las consideraba material funerario. Pero ya en el s.

XIX las que aparecían lo hacían en necrópolis y se excavó la necrópolis tumular de inhumación de Fonte Velha donde, además de diversos cadáveres, varias de las tumbas tenían una estela (una curiosa concentración de seis estelas). Lo caprichoso hubiese sido considerar que no eran funerarias. Por el lado de la tipología, tenemos la comparación entre las diversas culturas de un nivel similar a la de las estelas sudlusitanas y ver los usos que hacen de la escritura. La inscripción funeraria es un uso muy extendido, mientras que otros usos en inscripciones breves sobre soportes que destacan por ser llamativos son raros y suelen aparecer como adicionales al uso funerario ya establecido y menos frecuentes. Por lo tanto, la “epigrafía comparada” también considera más probable un uso funerario.

Pero es que en el segundo lugar tenemos el contenido de las propias inscripciones. Es un error muy común pensar que las inscripciones o se traducen o no se traducen, pero lo cierto es que la mera estructura de la inscripción y sus relaciones abstractas son una información real y operativa; que sería obtenible incluso aunque no supiéramos transcribir ni un solo signo⁴. En este caso, es conocido que se encuentra una serie de términos muy repetidos que son especialmente **bare nafken-**. Este último término con diversas terminaciones (las más frecuentes **-ii** y **-ti** y menos frecuentes **-ai** y **-bi**) pero que ocasionalmente aparece sin terminación; entiéndase o no como abreviatura. También parece “formular” (**ba**) **te ero**, mientras que es menos frecuente **uarban**. Diversas de las inscripciones que conocemos se componen sólo de una pequeña serie de signos, que en ocasiones terminan con unos mismos “sufijos” **-ir**, **-on**, **-ea**, **-on-ir**, **-ir-ea**, seguida de la fórmula en su modelo breve. Por lo tanto, tenemos un elemento inicial X y una fórmula AB. Dado que esta fórmula se repite en casi todas las estelas de las que se conserva una extensión legible, hemos de suponer que hacen referencia a la función de la inscripción y de la estela en concreto (o a la función de la inmensa mayoría si se quiere ser más preciso). Sería una especie de predicado que se afirma sobre X. Pero ¿cuáles son las propiedades de X? Suele haber un X propio a cada estela y no sólo es que sea rarísimo que se repita, sino que incluso suelen ser formas muy diferentes, compuestas por lexemas totalmente distintos. Sólo suelen tener en común los presuntos “sufijos”, que en todo caso nos marcan más si cabe el que esos X son homofuncionales. En los rarísimos casos en que X o algo equiparable se repite, su dispersión espacial es cero o casi cero, es decir provienen de la misma necrópolis o de muy escasa distancia y, cosa importante, ocupa una distinta posición en la estructura de la estela. Es decir, podemos concluir que hay una estela y sólo una para cada X principal (que está en posición inicial) y que lo que se predica de él tiene una posición puntual en el espacio. No puede referirse a una ruta porque tendría

una repetición lineal unidimensional, no puede referirse a un territorio porque tendría una distribución bidimensional cubriendo por lo menos las fronteras del mismo. Es poco probable que sea una inscripción votiva porque, además de que se esperaría la concentración de muchas en un santuario más que una cierta dispersión, no parece clara la presencia de un dedicante y de una divinidad, así como cabría esperar la repetición de la divinidad y nada impediría el que un mismo dedicante hiciese más de una estela votiva, cosa que implicaría el que apareciese dos veces en la misma posición “sintáctica”. Sin embargo, todos estos hechos, así como el que la fórmula aparezca en textos muy breves, pero opcionalmente mayores, es perfectamente compatible con un uso funerario.

Podemos ejemplificar en unas cuantas inscripciones breves por orden de complejidad, con una separación de palabras probable:

J.19.2 **oofoir nafkenbi**

J.56.1 **akolion : nafketi**⁵

J.1.5 **šutuiir-ea bar[e n]afken-ti**

J.22.1 **uarboiir sarune-ea bare nafken-ii**

J.7.1 **aštabobir nafken-ai / aštanabolon**

J.18.1 **boti-ea nakertoro ba te bare ba nafken-ti**

J.19.1 **jiirnesta bun-bane oofoir-e b[are naf]ken-ii**

J.16.1 **uursaar (u)arban te bar[e] ba nafken-ti**

J.1.2 **kobelibon **kikuoir aurban tirtosne ba nafken-ii**

J.55.1 **aokolioneer taune / tarielnon: lifniene nafken-ai**

Las primeras tres (J.19.1, J.56.1 y J.1.5) nos garantizan que la fórmula funciona con una sola valencia X, lo que indica que probablemente es el predicado del difunto dedicado⁶. El término en posición destacada **oofoir** se repite, pero en posición secundaria y en la misma necrópolis. Términos repetidos como los tal vez relacionados **uarban** o **bun-bane** nunca ocupan la posición principal. El único caso en que podría intentar proponerse que el sujeto de la estela fuese el (o lo) mismo son las estelas de Siruela (J.55.1) y Almoroquí (J.56.1) (y ello sólo si corregimos las lecturas de Untermann **rokolioneer** y **akoliós** como yo hago). Sin embargo, mientras en J.56.1 sí es **akolion** el sujeto de predicación formular, en J.55.1 claramente no lo es. Es decir, no son homofuncionales.

4. LA FILIACIÓN LINGÜÍSTICA DE LAS ESTELAS

Un problema básico y fundamental si queremos llegar a traducir unos textos tan escasos, breves, fragmentarios y repetitivos como los de las estelas sudlusitanas sería encontrar lenguas emparentadas con la de las estelas. En ello siempre ha sido lógico intentar buscar su relación con las lenguas indoeuropeas. De las familias de lenguas bien conocidas es la única con po-

sibilidades históricas reales de ser la del pueblo de las estelas. Es por ello que es un intento plenamente legítimo que ya fue planteado por Wikander (1966) y, en los años 80, Correa buscó una interpretación básicamente celta. En mi tesis de licenciatura (1992) incluía un apartado desde la perspectiva indoeuropea, también fundamentalmente celta⁷. Sin embargo, la magritud del resultado ha hecho que Correa, quien nunca había asegurado que la lengua fuese celta, indique que es poco convincente y que presenta problemas como “la ausencia de desinencias nominales esperables en una lengua de tipo celta o indoeuropeo occidental” (Correa 1995: 612). De hecho, la única desinencia coincidente con lo indoeuropeo, el nominativo temático en ‘-os’ con un tema formado por una ampliación sufijal en ‘-y(o)’, el tan repertido **akosios**, no es más que un espejismo y debe ser leído **akolion**.

Con todo, Untermann (1997: 165-168) vuelve a plantear la indoeuropeidad de la lengua. Los “sufijos” onomásticos en **-on** podrían corresponder a los temas en vocal temática -o- y nasal, en la forma de nominativo alargado. La ocasional **-un**, un genitivo plural ‘-ōm’ > ‘ōn’ > ‘un’, con lo que la evolución de la ‘o’ larga de sílaba final sería hacia /u/ como sucede en celta común (aunque sin explicar la causa de que no se dé el fenómeno en el nominativo anteriormente citado). El “sufijo” **-ea** podría ser de femeninos; **-bo** un dativo plural; en **saboi** tendríamos un locativo singular; en **akosios** y **tirtos** un nominativo singular (pese a las distintas sibilantes). Naturalmente regresa a la vieja idea de Wikander, quien veía en **kenii** y **kenti** una alternancia como la de la conjugación en ‘-hi’ del hitita, que presenta una tercera persona sg. en ‘-i’, mientras que la tercera de plural, común a las dos conjugaciones del hitita, se forma en ‘-(a)nzi’ (< -(e/o)nti). Untermann compara **nafkeii/bareii**, **nafkenti/barenti** respectivamente con las formas hititas sg. ‘tarnai’, pl. ‘tarnanzi’ y griegas sg. φέρει, pl. φέρουσι⁸, mientras que la forma **baren** correspondería a la forma secundaria 3ª pl. sin ‘-i’ (< ‘ent’ frente a ‘enti’). Sin embargo la comparación es forzada, pues así como **barenti** y **baren** son ‘hápax’, también lo es **nafkeii**, segmento que, dados los múltiples casos **nafkenii** (significativamente no indicados por Untermann en su comparación), yo no dudaría en considerar un error del lapicida.

También la comparación indoeuropea propuesta por Untermann merece un breve comentario lingüístico ante su parquedad, pues incluso admitiendo la explicación no estándar, pero sostenible, de ver la desinencia ‘-i’ en griego⁹ (y que quizá habría merecido un comentario por parte de Untermann), habría que buscar una nueva explicación al verbo hitita para equipararla con la solución griega. En efecto, la conjugación ‘-hi’ del hitita se corresponde con las desinencias del estativo indoeuropeo que da lugar al perfecto: 1ª sg. I.E. -H₂e, hit. ‘-hi’, gr. α; 3ª sg. I.E. -e, hit. -i, gr. -ε (vi-

de p. ej. Beekes 1995: 238; Sihler 1995: 570). Consecuentemente es más que dudoso que las desinencias de ‘tarnai’ y φέρει sean equiparables, puesto que la ‘-i’ hitita tiene su equivalencia en la -ε del perfecto griego.

Pese a todo, es interesante la comparación entre **nafkenii** y **nafkenti**, pues la segunda tiene un aspecto indoeuropeo, aunque yo no dudaría de que la **n** pertenezca al presunto tema verbal y además habría que explicar la forma **nafkenai** (bien atestiguada) y tener en consideración la existencia de otra variante **nafkenbi** que, se acepte o no la lectura de **b(i)**, existe. Tampoco veo claro entender que **nafkenti** sea un plural, en tanto que en la relación entre estelas unipersonales y pluripersonales, éstas últimas parecerían demasiado frecuentes (aunque quién sabe si la costumbre eran enterramientos colectivos) y que el contenido de las estelas no induce a creer que allá donde aparece existan varios sujetos.

Sin embargo, creo estar en condiciones de refutar, o al menos de convertirlas en muy improbables tanto la hipótesis celta, como la anatolia, así como una eventual griega. De hecho pueden ponerse serios reparos a cualquier atribución indoeuropea, aunque, claro está, siempre podría tratarse de una lengua indoeuropea nueva cuya evolución fonética desconozcamos.

En primer lugar, un serio obstáculo ya fue insinuado por Correa: el no poderse aplicar la declinación nominal indoeuropea (y en este punto es excesivo e inusitado considerar que los temas en nasal ‘-on’ fuesen tan frecuentes como identifica Untermann). Pero un método más contundente a la hora de clasificar la lengua de las estelas es mirarla desde una perspectiva global. Es bien sabido que si cogemos segmentos cortos encontraremos parecidos en cualquier lengua que nos propongamos, sea latín, húngaro o japonés (de hecho, todos conocemos las infames traducciones de cualquier lengua sílaba a sílaba a través del pseudo-vasco). Pero la totalidad de su fonética no puede engañar. Ciertamente, no estamos seguros de que la notación de sus oclusivas sea muy precisa, e incluso hay signos que no se transcriben con seguridad o que simplemente no se transcriben. Sin embargo, conocemos con precisión la totalidad de sus vocales y resulta que el protoindoeuropeo tiene una distribución vocálica muy peculiar. El protoindoeuropeo suele ser postulado como una lengua de una única vocal /e/. En este punto no nos importa si ello es tipológicamente correcto o no, o si /y/ y /w/ tenían un estatus vocálico o no, o si la apofonía en /o/ (además de las cuantitativas) la establecen como vocal independiente o no; nos importa que sus reconstrucciones vocálicas predican correctamente el vocalismo de las lenguas descendientes.

Un aspecto llamativo de la lengua de las estelas es la escasez de la vocal **e** que, además, allí donde hay un probable límite de palabra suele aparecer en posición final, lo que acentúa aun más esta rareza vocáli-

ca. Por el contrario, la vocal **a** es muy frecuente, lo que no es del todo normal en gran parte de las lenguas indoeuropeas. Al ser éstas unas lenguas sufijales y tener raíces normalmente en grado /e/, ésta vocal se encuentra a menudo en la primera sílaba, especialmente tras consonante. En cambio, si examinamos los quince supuestos onomásticos que presenta Untermann, ni uno solo tiene vocalismo /e/ en la primera sílaba ni tampoco en la segunda. He hecho un muestreo más amplio a partir de los antropónimos propuestos por Correa (1989), a los que he sumado aquéllos planteados en Rodríguez Ramos (1992) que no han quedado obsoletos por nuevas lecturas y he añadido **akolion**: {**aikuris**, **aio/aii?**, **a(o)kolion**, **albusiel/alboroi**, **ariariše**, **ašta-**, **iru-**, **ofoir**, **uarboiir**, **lokoboniir/lokonane**, **saloi**, **soloir**, **šitiar-**, **šutuir**, **(H)aiaura-**, **botica/boto**, **buio**, **talai-no**, **tirtosne**, **kielaokoiša**, **kobeli**, **uulsar**, **leoine**, **sarunee**, **tisai**}. Sobre 25 términos sólo uno, o dos si aceptamos **kie-**, presentan **e** en la primera sílaba; y esto aun contando con que la inclusión de **leoine** es dudosa, no justificada posicionalmente y seguramente la consideré por su “leonino” aspecto. Como segunda vocal tenemos entre uno y dos, seguro **kobeli**, pero alternativo con la estadística de primera sílaba **kiela-**. La distribución de estos segmento debiera ser especialmente afín a lo indoeuropeo, pues los supuestos “antropónimos” han solido ser la pieza clave en el intento de establecer la indoeuropeidad celta de la lengua, llegándose a indicar que los antropónimos parecían claramente indoeuropeos, por más que la lengua de las inscripciones pudiera no serlo.

Pero esta proporción vocálica es definitivamente incompatible con una lengua que mantenga la /e/ indoeuropea (celta, itálico, griego, germánico y muchas otras). Debe destacarse que la época en que lo documentamos es lo suficientemente antigua como para que no se trate de una evolución secundaria dentro de una de estas lenguas, sino que una lengua indoeuropea de estas características en esta época o tiene unas características compatibles con una familia ya conocida o es una familia propia. Aun así, el problema de la pérdida de flexión nominal nos apuntaría a un dialecto muy distante, en el mejor de los casos, o preferiblemente a una lengua NO indoeuropea.

Por su parte, en hitita sí están atestiguadas desde antiguo la abundancia de /a/, en buena parte derivada de /o/ y el cierre de /e/ en /i/. Al ser una rama distante del indoeuropeo sería difícil aplicarle la refutación vocálica. Pero, aparte de las obvias dificultades geográficas e históricas, lo que se puede afirmar es que la única base presentada a favor de la idea no es compatible con la fonética de las lenguas anatolias. La base es que en **nafkenti** tendríamos una terminación verbal ‘-nti’ de tercera plural o, si se quiere, ‘-ti’ de tercera singular. Pero resulta que precisamente un fenómeno común a toda la familia anatolia es la asibilación de /t/ ante /i/

(Melchert 1993), así la solución hitita ‘-zi’ (= ‘-tsi’). La teoría anatolia es, pues, internamente contradictoria y cae por sí misma.

5. LAS ESTELAS DESDE UN PUNTO DE VISTA ESPACIAL

Pese a que en Extremadura y Andalucía hay demasiado pocas estelas y demasiado dispersas como para permitir un análisis, por el contrario, en el sur de Portugal (Algarve-Bajo Alentejo) hay concentraciones significativas. Dado que las estelas suelen tener una misma función, la dispersión de sus localizaciones permite hacer un estudio de la disposición espacial de un mismo tipo de yacimiento. El inconveniente de que de algunas inscripciones no pueda precisarse con total exactitud la procedencia, así como el posible traslado y reutilización de otras, se ve paliado por el que sólo se necesita un estudio macroespacial. La distribución en el sur de Portugal, desde un punto de vista económico y paleográfico, fue el objeto del cap. 4º de mi tesis de licenciatura (1992: 182-237).

Si observamos el mapa 1, hay que hacer una observación geográfica fundamental: la presencia de la sierra de Mu (o de Caldeirão) que sita al norte de Alagôas y Comoros de Portela configura una división natural entre zona costera meridional y montañosa septentrional. Ya más al oeste de Comoros la barrera no es tan importante y, hecho destacable, hay un paso natural en la sierra que une Alagôas hacia el norte con la zona de Vale dos Vermelhos y Ameixal.

Hechas estas consideraciones, observaremos que en los hallazgos ultramontanos septentrionales se observa un alineamiento que va entre Sta. Luzia y la zona de Ameixal; mientras que los pericosteros son menos, más distanciados y con una aparente regularidad, tanto en la distancia a la costa como entre sí. Estos pericosteros destacan además por soler presentar concentraciones de estelas, es decir, ser yacimientos mayores. A esto último podría objetarse el que si de los septentrionales admitiéramos una agrupación de todos los que se incluyen en un radio de 5 km. tendríamos también concentraciones, pero no deja de ser remarcable lo puntual de las meridionales.

El eje Sta. Luzia- Ameixal queda destacado por las vías de comunicación existentes: 1. Gavião, Mte. N. do Visconde, Enforcados y Arzil se unen en la actualidad por la vía férrea (Beja-S. Bartolomeu de Messines); 2. enlaza con los afluentes y el curso alto del río Sado llegando hasta la zona de Ourique; 3. en la zona entre el curso alto del Sado y el del río Mira tenemos precisamente la mayor concentración de localizaciones con estela; 4. el curso del Mira y afluentes nos lleva hasta el inicio de la sierra de Mu en Vale de Ou-

rique y Cerca de Curralão, pasando por Corte Azinheira); 5. allí enlaza con el río Vascão y la Ribeira del Vascanito, en cuyo curso alto se localiza Tavilhão, Azinhal dos Mouros y Vale dos Vermelhos; 6. así llegamos a la concentración de Ameixial que coincide con el mencionado paso de montaña que lo conduce hacia Alagôas.

Puede afirmarse que: a) se comunica la zona costera con el curso alto del Sado, verosíblemente dirigiéndose a la zona minera de Aljustrel (al norte de Gavião), dirección hacia donde hace poco se ha descubierto una nueva estela (Folha do Ranjão, Baleizão, Beja; Faria y Soares 1998); b) en los cursos fluviales hay un cierto distanciamiento “regular” entre los yacimientos, mientras que las mayores concentraciones están en las zonas liminales que unen vía de comunicación con vía de comunicación.

Desde un punto de vista paleográfico resulta que la zona meridional, junto a la zona inmediata de Ameixial (y tal vez algún yacimiento en la zona oriental fuera de la vía de comunicación) se diferencia por un rasgo innovador. Mientras en el norte tenemos el uso de la **ta** en forma de aspa normal (Gavião, Fonte Santa, Alcoforado, Abobada, Pego y seguramente Espanca); en las inscripciones meridionales no se encuentra este signo, sino que localizamos ante **a** un signo en forma de ‘heth’; uso ausente en el norte y que ha de ser una innovación ampliando el uso de **te** a **ta** (Vale dos Vermelhos, seguramente Mestras, Tavilhão, Dobra, Fonte Velha y tal vez Alagôas). Esta innovación tampoco se detecta en las estelas españolas, donde sí está el **ta** en aspa. De esta manera, los asentamientos más dispersos comparten la innovación (los pericosteros y tal vez los de Mestras), innovación que llega hasta el lugar de contacto con la ruta interior, el puerto de montaña y la zona de Ameixial. Tenemos, pues, dos áreas culturales diferenciadas. Parece significativo el que exista actualmente también una frontera entre la zona innovadora y la interior, puesto que la primera (incluyendo su presencia tras la sierra de Mu, pero al este, fuera de la ruta interior) se corresponde con la provincia de el Algarve, mientras que la interior se inicia donde el Bajo Alentejo.

Si pasamos al análisis económico de lo que significa la dispersión, hemos de suponer que la ruta interior se corresponde con un recurso económico lineal. Éste no se corresponde con el perfil económico actual del Bajo Alentejo, que es un gran productor cerealístico, en especial de trigo. Tampoco quiere decir que no se cultivase, sino simplemente que las comunidades que utilizaban estela respondían en este aspecto a otro patrón. De igual manera no parece relevante suponer que, como se instalan en cauces altos de ríos, estuviesen buscando un microclima y un tipo de terreno especial. Seguro que no los desaprovechaban y que su economía se beneficiaba también de dicho microclima,

pero hay más cauces similares sin estela, así como no se explica el alineamiento ni las concentraciones en zonas liminales.

La dispersión de la ruta interior ha de corresponder a un subconjunto de los explotadores de ese nicho ecológico que recibieron un estímulo adicional, estímulo que seguramente fue el que extendió el uso cultural de la escritura, uso que adaptaron a las estelas. Un recurso lineal sería la tan propuesta transhumancia, en especial si eran seminómadas, puesto que unos sedentarios transhumantes tendrían sus necrópolis en el poblado. Esta hipótesis tiene la ventaja de que permite explicar contactos a larga distancia en aquellas culturas a las que no se les presupone una especial actividad o iniciativa comercial. Incluso podría cotejarse con numerosos paralelos etnográficos en los que Sahlins (1984: 59ss) aprecia que, en vez de una competencia entre comunidades agrícolas de población densa y pueblos circundantes nómadas ganaderos, lo que se produciría sería una simbiosis. Esto podría aplicarse a la relación entre estos pueblos con estela escrita, de cultura material pobre, y los emporios tartésicos ricos, pero que no utilizan estelas de ningún tipo. Sin embargo, no encuentro ningún motivo que justifique la exclusividad de esa supuesta ruta transhumante de Sta. Luzia a Ameixial. Pudo existir, pero seguro que había otras rutas transhumantes que no presentan estela.

Creo que es decididamente preferible la hipótesis comercial. Ésta se deriva de la tantas veces sugerida hipótesis minera y el famoso ‘cinturón de pirita’. Pero resulta que con él sólo contacta el yacimiento de Gavião y el de Neves, con el agravante de que en este último era tan profundo que no pudo ser explotado en la antigüedad. En cambio, la zona explotada en la antigüedad y exitosamente continuada por los romanos, Aljustrel, queda fuera de la dispersión de las estelas. Más en la zona queda la nueva estela de Folha Ranjão, pero eso altera poco el panorama ante la innegable concentración lineal. Podemos concluir que las estelas sudlitasanas se ubican al sur de los recursos mineros, pero no en ellos. Comunican las ricas minas de Aljustrel y seguramente recogerían la ruta que saliera de Lisboa remontando el Sado (ruta que coincide con la indicada por Avieno), con el Algarve. En 1992 (p. 189) me resultaba problemático entender por qué la ruta no continuaba hacia el Guadiana en dirección a Huelva. Se apreciaba que los yacimientos del Algarve debían ser realmente importantes como para direccionar el comercio hacia ellos. En la actualidad, la importancia de estos yacimientos y la dirección de la ruta son más entendibles a raíz del descubrimiento de la importante colonia fenicia de Rocha Branca que ya funcionaba en el s. VIII.

Desde este punto de vista, la cultura de las estelas correspondería a una sociedad que se dedicaría al control de las rutas comerciales entre los centros verdade-

ramente ricos; los cuales, a su vez, serían socialmente (y o culturalmente) distintos y no habrían sentido ninguna necesidad de emplear el 'ítem' de las estelas escritas. La hipótesis de la vía comercial permite explicar la concentración de estelas en las áreas liminales, puesto que son los puntos más difíciles de la ruta aquellos cuyo control es más importante y provechoso. Esta ruta comercial sería el instrumento de difusión de la escritura.

De modo más genérico es posible que una explicación similar sea extensible a la localización de las estelas escritas de Extremadura. Aunque su escaso número no permite grandes análisis, es evidente que se corresponden con la cuenca del Guadiana. De nuevo, la cuenca baja del Guadiana tiene pocas estelas (de hecho sólo recientemente se ha encontrado una, sin fórmula funeraria, en Mértola J.28.1), mientras que las de Extremadura se sitúan en el cauce medio-alto. Puede suponerse que corresponden al área liminal que une una ruta fluvial navegable (con puertos de control como sería Mertola), con el inicio de la conocida Ruta de la Plata.

Por su parte, la zona al sur de la sierra de Mu es distinta, pues presenta unos pocos yacimientos dispersos con concentraciones de estelas (hecho que aunque nuevos hallazgos matizan un poco, puede mantenerse). No corresponden a un alineamiento. Asimismo al mantener un cierto distanciamiento regular de la costa, es evidente que no aprovechan el recurso natural más explotado en la actualidad, que es la pesca. Sin embargo, resulta que casi todos estos yacimientos, y la totalidad de los que presentan más de una estela sí coincide con recursos mineros de los que según Alarcão (1988) ya se explotaban en época romana: minas de cobre y hierro en la zona de Aljezur (Arregata y Cerro da Rocha), junto a Corte de Père Jacques y Fonte Velha; minas en Mte. Roso y Vale Fuseiros, junto a Benaciate; y minas de hierro precisamente en Alagôas.

Esta zona da muestras de mayor riqueza epigráfica, puesto que las inscripciones mayores provienen de ella. Todo ello nos hace suponer que éstos eran centros más importantes, con una producción minera que seguramente direccionaban hacia núcleos costeros como Rocha Branca, así como también al menos algunos servían de receptor de la ruta comercial mencionada hacia Aljustrel y Lisboa.

6. CONCLUSIONES

Las estelas escritas sudlusitano-tartesias han de ser posteriores al 800 a.C. y probablemente estuvieron en uso en los ss. VI-V a.C. Su uso mayoritario, al menos de las que usan la fórmula arquetípica, es funerario, pero en general corresponden a una cultura no especialmente rica. Contrariamente a lo que a veces se ha sugerido, la lengua de estas estelas no es, de acuerdo con argumentos lingüísticos, ni céltica ni anatolia y probablemente no sea indoeuropea (además de ni íbera ni bereber).

Mayoritariamente, los pueblos que usaban las estelas sudlusitanas, corresponden a pueblos que controlaban rutas terrestres montañosas de comercio principalmente de metal entre núcleos culturales ricos. Así las de Extremadura conectarían los centros tartesios y la desembocadura del Guadiana con la Ruta de la Plata y las del sur de Portugal conectarían centros costeros algarveños, especialmente la colonia fenicia de Rocha Branca con las minas de Aljustrel y la ruta fluvial del Sado hacia Lisboa. Sólo en el interior del Algarve se detectan algunos núcleos más importantes que, además de verosíblemente conectar las rutas comerciales, tendrían control sobre ciertos recursos mineros.

NOTAS

¹ Esta tendencia subconsciente se aprecia en el estudio de un escarabeo, ajuar en Mealha-Nova, que sus descubridores (Dias *et alii* 1970: 217) remiten a Gamer-Wällert e indican que lleva al nombre de Petubastis y que éste reinó ente 817 y 763 a.C. Cuando en una nota citan literalmente parte del informe de la egiptóloga, la fecha de reinado se convierte en 780-740. Pero posteriormente Almagro (1977: 275) señala que según Gamer-Wällert es una producción posterior al 520. Esta pieza y unos torques de sanguijuela son los elementos que utiliza Júdece (1986: 459) para establecer el inicio de estas necrópolis en ca. 700 a.C. La experiencia me ha vuelto escéptico también respecto a dataciones altas que se fundamentan en parecidos entre piezas para las que no hay una tipología establecida. Este escepticismo puede hacerse extensivo a la reconstrucción macroteórica de la socioeconomía de la zona en los siglos VIII-VI que hace Júdece (1986: 456) y que acaba basándose en un supuesto culto a Hera, cuyo fundamento definitorio resulta la escena ritual con una

vaca (o bóvido) de una crátera ática de figuras rojas hallada en Alcaccer do Sal. Aparte del necesario salto de fe ante un elemento exógeno y de la incierta interpretación del vaso ¿no hay un "ligero" desfase cronológico?

² La datación paleográfica siempre ha sido muy clara al respecto, pero se ha solido subordinar a las dataciones cerámicas rebajando sus fechas. Ello pese a que se conocen dos inscripciones fenicias de signario muy similar al sudlusitano (Tel Dan y Kilamuwa) y datadas por alusiones históricas con mucha precisión entre el 835-820. Sin embargo asistimos al hecho de que las dataciones "arqueológicas" van aproximándose cada vez más a las desestimadas paleográficas (*vide* Rodríguez Ramos 1992: 289-329 y en prensa).

³ Aparte de que las inhumaciones simples suelen no dejar rastro en muchos tipos de suelo, podemos recordar ritos funerarios como los mazdeístas, indoeuropeos para quienes lo correcto era exponer el cuerpo para que perros y buitres lo devorasen.

⁴ Como muestra me remito a la interpretación totalmente correcta que hizo Serra Ràfols en los años 30 del plomo ibero meridional de Mogente, pese a que en la época no se sabía leer ni un solo signo.

⁵ Corrijo la interpretación tradicional de leer el signo **n** y el separador | como una **ś**. En caso de duda cotéjese con el típico final **-on** y el **aokolion** de J.55.1.

⁶ Esto es casi seguro en las inscripciones funerarias unipersonales, siendo uno segundo el patronímico o el dedicante. Sin embargo, en la epigrafía vikinga se ha observado que en tumbas de jerarcas es más importante indicar el dedicante que se ha encargado del entierro que el del propio rey enterrado, puesto que el que realiza el entierro del anterior rey es su sucesor legítimo y es esa legitimidad el objeto de la inscripción (Randsborg 1981).

⁷ En ella encontré algunas interpretaciones ingeniosas como que en **bare** tuviésemos un pretérito perfecto con grado /o/ y la desinencia de tercera persona del perfecto /-e/, el necesario grado alargado radical se explicaba con los pretéritos celtas en 'a'; mientras que **ero** podía ser el preverbo 'pro' con la caída celta de /p/ y una posible vocal epentética. Sin embargo, los resultados no fueron satisfactorios.

⁸ Apostillo que -οὐσι es el resultado regular griego del IE. '-onti'.

⁹ Sihler 1995: § 426 defiende la interpretación de esta '-i' como un caso de desinencia cero de persona (frente a la 't' normal de tercera persona) seguida de la 'i' propia de las desinencias primarias de presente. Sin embargo, la hipótesis estándar considera que no es más que un desarrollo analógico sin origen etimológico.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÃO, J. DE (1988): *Roman Portugal*. Wiltshire.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. 'B.P.H.', Madrid.
- AUBET SEMMLER, M^a.E. (coord.) (1989): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- BARCELÓ, J.A. (1989): Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica. En Aubet (coord.): 189-208.
- BARCELÓ, J.A. (1995): Sociedad y economía en el Bronce Final tartésico. En VV.AA. (1995): 561-589.
- BEEKES, R. S.P. (1995): *Comparative Indo-European Linguistics. An Introduction*. Amsterdam/Philadelphia.
- BEIRÃO, C. de M. (1986): *Une civilisation protohistorique du sud du Portugal (1er. Age du Fer)*. Paris.
- BEIRÃO, C. DE M.; GOMES, M. V. (1983): A necrópole do Idade do Ferro do Galeado (Vila Nova de Milfontes, Ourique). *O Arqueólogo Português*, 4.1: 207-266.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L.; BOZZINO, M^a.I. (1991): El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I. Análisis de la documentación. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 225-256.
- BUTZER, K.W. (1989) [1982]: *Arqueología, una ecología del hombre*. Barcelona.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1995): El Período Orientalizante en Extremadura. *Extremadura Arqueológica*, IV: 67-89.
- CORREA, J.A. (1989): Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del S.O. (o Tartesia). *Veleia*, 6: 243-252.
- CORREA, J.A. (1990): La epigrafía del Suroeste. *Arqueologia Hoje. I. Etno-Arqueologia*, Faro: 132-143.
- CORREA, J.A. (1992): La epigrafía tartesia. *Forum Ibero-Americanum*, 7: 75-114.
- CORREA RODRÍGUEZ, J.A. (1995): Reflexiones sobre la epigrafía paleohispánica del suroeste de la Península Ibérica. En VV.AA. (1995): 609-618.
- CORREIA, V.H. (1996): *A epigrafia da Idade do Ferro do Sudoeste da Península Ibérica*. Porto.
- CHAPMAN, R. ET ALII (1981): *The Archeology of Death*. Cambridge.
- DIAS, M.M. ALVES; COELHO, L. (1971): Notavel lapide proto-histórica da Herdade dea Abóbada. *O Arqueólogo Português*, 3,5: 181-190.
- DIAS, M.M.; COELHO, L. (1983): Objectos arqueológicos dum túmulo de incineração da necrópole proto-histórica da Herdade da Favela Nova (Ourique). *O Arqueólogo Português*, 4.1: 197-206.
- FARIA, A. MARQUES DE; SOARES, A.M. MONGE (1998): Uma inscrição em caracteres do Sudoeste proveniente da Folha do Ranjão (Baleizão, Beja). *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 1,:153-160.
- FERREIRA DA SILVA, A.C.; GOMES, M.V. (1994): *Proto-História de Portugal*. Lisboa.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 3, Madrid.
- GIACALONE RAMAT, A.; RAMAT, P. (eds.) (1995) [1993]: *Las lenguas indoeuropeas*. Madrid.
- HOZ, J. DE (1995) Tartesio, fenicio y céltico 25 años después. En VV.AA. (1995): 591-607.
- JUDICE GAMITO, T. (1987): Social and economic complexity in SW Iberia (800-500 B.C.). *Veleia*, 2-3: 449-467.
- LORRIO, A.J. (1997): *Los Celtíberos*. Complutum Extra 7, Alicante.
- LURAGHI, S. (1995): Las lenguas anatolias. En Giacalone y Ramat (1995): 237-268.
- MAIA, M.G.; CORREA, J.A. (1985): Inscripción en escritura tartesia (o del S.O.) hallada en Neves (Castro Verde, Baixo Alentejo) y su contexto arqueológico. *Habis*, 16: 243-274.
- MELCHERT, H.C. (1993): Historical Phonology of Anatolian. *The Journal of Indo-European Studies*, 21/3-4: 237-257.
- PELLICER CATALÁN, M. (1983): Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir. *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* v. 3 (Roma 5-10 nov. 1979), Roma: 825-836.
- RAMON TORRES, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.
- RANDBORG, K. (1981): Burial, succession and early state formation in Denmark. En Chapman et alii: 105-121.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J. (1992, inédito): *Análisis de Epigrafía Sudlúsitana*. Tesis de licenciatura leída el 2-10-1992, dirigida por F. Gracia Alonso. (Consultable en la Biblioteca de Geografía e Historia de la Universitat de Barcelona).
- RODRÍGUEZ RAMOS, J. (1995): *Breve Manual de Epigrafía Ibérica*. Dossiers de la Societat Catalana d'Arqueologia XVI, correspondiente al curso *Introducción a la Epigrafía Ibérica y Tartesia*, Barcelona.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2000): La lectura de las inscripciones sudlúsitano-tartesias. *Faventia*, 22/1: 21-48.

- RODRÍGUEZ RAMOS, J. (en prensa): El origen de la escritura sudlusitano-tartesia y la formación de alfabetos a partir de alefatos. *Rivista di Studi Fenici*.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica/Arqueología, Barcelona.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.; GALÁN DOMINGO, E. (1991): Las Estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.
- RUSSELL, P. (1995): *An Introduction to the Celtic Languages*. London-New York.
- SAHLINS, M.D. (1984) [3ª 1972]: *Las sociedades tribales*. Barcelona.
- SIHLER, A.L. (1995): *New Comparative Grammar of Greek and Latin*. Oxford.
- SIMS-WILLIAMS, P. (1995): Las lenguas celtas. En Giacalone y Ramat (1995): 450-489.
- UNTERMANN, J. (1997): *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*. Wiesbaden.
- VV.AA. (1995): *Tartessos 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (Jerez de la Frontera, del 9 al 12 de noviembre de 1993), Jerez de la Frontera.
- WIKANDER, S. (1966): Sur la langue des inscriptions du Sud-Hispanique. *Studia Linguistica*, XX-1: 1-8.